

Eugenio de Salazar: Carta escrita al muy ilustre señor don Juan Hurtado de Mendoza, señor de la villa de Fresno de Torote, en que se trata de los Catarriberas.

Por una suya me envía vmd. a mandar le escriba el estado de mis negocios, y muy por extenso en qué entiendo y cómo me va en esta Corte; y porque (como vmd. sabe) soy siempre obediente a sus mandatos, haré en ésta lo que me manda, y aún más de lo que me envía a mandar. Porque no solamente daré cuenta de mi vida, empero también de la de mis amigos, que acá son muchos; porque en los lugares de los trabajos y infortunios se suelen de ordinario ligar amistades entre aquellos que los padecen.

Yo salí de mi casa cinco meses ha para venir a esta Corte, que acorta a los largos de moneda, y aún alarga mal de su grado a los cortos de ánimo para gastarla; y llegué a ella con tanto deseo de ser proveído, cuanto arrepentimiento tengo ahora de haber venido por provisión. Pues (aunque tarde) ya conozco y veo que vine por lana y volveré tresquilado, pues son tantos los que pretenden ser proveídos, que si Dios no hiciese en los oficios un milagro semejante al de los cinco panes y dos peces, sería imposible caber bocado a la centésima parte de las bocas que aquí están abiertas. Mas, pues yo me vine a meter de mi voluntad debajo de esta bandera, no me quejaré de algunos amigos que allá me representaron los trabajos y miserias que en su seguimiento se me aparejaban, que son tantas, que en tanto mal y tristeza no puede haber otro gozo sino que es de muchos.

Y para que vmd. bien entienda esta nuestra triste, costosa y larga navegación por esta carta de marear, ha de presuponer que en esta galera de pretensión de oficios temporales (digo de corregimientos) bogamos tres géneros de gentes: letrados que en esto no lo somos; soldados que, como quien por huir de los trabajos y desasosiegos del mundo se casa, huyendo de la menor guerra, que es la de las armas, se vienen a meter en ésta, que es muy más incomportable. Y otros caballeros de espada y capa que con gana de comer y ambición de mandar, vienen a buscar oficios que les den mando sobre una ciudad y su tierra, porque sus patrimonios y rentas no bastan para se le dar sobre un lacayo y un paje. Todos estos tres géneros de gente se comprenden debajo de este famoso nombre de Cata-ribera, porque si el letrado cata la ribera, el soldado la corre, y el caballero la vuela. Y lo que todos padecemos, el nombre de Cata-ribera lo dice, consideradas las partes de que se compone, que son: cata, rixa, vera, que quiere decir “ busca riña verdadera”. Y aunque estos tres géneros de gentes somos diversos en profesión, como somos unos en pretensión, parecemos amigos. Bien es verdad que a tiempos, cuando encuban a un delincuente, podrían meter en la cuba tres o cuatro de nosotros por animales contrarios. Porque lo que lleva el perro, piensa el simio que a él se lo quita; y lo que ase el gallo, parece a la culebra que ella lo pierde. Y así, si la discreción no tuviese enfrenadas las lenguas y cubiertos los corazones, de fuerza nos habríamos de morder con los dientes y aún despedazar con las uñas.

El tiempo solamente acá le expendemos en madrugara a llevar a nuestro presidente al Consejo, y volverle a su posada, y tener cuidado si quiere salir a alguna parte para aguardarle. Porque si alguna vez saliese sin que alguno de nosotros le aguardase, por el mismo caso tendrá por cierto que ha perdido el corregimiento que espera. Holgaría vmd. de ver a las mañanas el escuadrón tan lucido que hacemos: tanta camisa sucia, tanta ropa raída, tanto

sayo grasiento, tanta gorra coronada, tanta almilla de grana, tanto pantufo viejo, tanto guante añejo; ojos que no los limpiaran todos los tafetanes que se tejen en Toledo y Granada; cabellos con más pelusa que se hace en los telares de lienzo de Portugal; barbas que no las deshetrarán todos los peines de los cardadores de Segovia y los Cameros. De esta manera vamos tan metidos en ordenanza, que no tenemos necesidad de sargentos que nos ordenen; más habríamos menester oficios que nos sustenten. Entrado el Presidente en Consejo, nos derramamos como lavazas o agua de fregar por aquel patio, y hacemos corrillos como la gente del vulgo en día de eclipse, a tratar de las provisiones, cuántos corregimientos hay que proveer, cuándo saldrán, qué hay de nuevo acerca de esto. Uno dice: “Ayer me afirmaron en casa del Presidente que tiene en su cámara veinte provisiones de oficios para henchir”. Otro dice: “Pues yo tengo un amigo en casa del secretario Eraso, que me mostró la minuta de las provisiones de oficios que están mandadas hacer, y no son sino siete, y éstas muy ruines, porque entran en ellas los corregimientos (o por mejor decir, los corrimientos) de Madrigal, Ciudad Real y Tordesillas”. Otro dice: “Pues, pocas o muchas, no pueden dejar de salir presto, que yo sé de buena parte que el Presidente consultó ayer con su Majestad las provisiones de corregimientos”. Mire vmd. qué juez pesquisidor, ni de residencia, podría examinar todos los eslabones de esta cadena de testigos para venir a apurar si el Presidente dijo tal. Y después de averiguado que él lo dijo, si no lo cumpliere

*¿Quién será aquel caballero
En armas tan esforzado,
Que demande la palabra
A varón tan esforzado?*

Hay gente entre nosotros tan curiosa, que pronosticando como los médicos, en las enfermedades agudas, del cuarto para el seteno, del oncenno para el catorcenno, y del diez y siete para el veinte y uno; de un viernes de consulta para el domingo, y del domingo para otra consulta, y de una salida del Rey para la vuelta, lo que será de las provisiones, cuándo se consultarán, y cuándo saldrán, pasan la vida colgados de esta esperanza peor que los que cuelgan de la horca. Y si no fueran más ciertas las profecías de los profetas, trabajo tuviera el mundo. Hacémonos astrólogos de astrosos, y echamos juicios a montón, fundados en fundamentos que Tolomeo ni Alí ben Ragel, con toda su judiciaria, no darán en un blanco de estos en que nosotros cada día damos.

En esto pasamos hasta que quiere llegar el término de salir nuestro Presidente de Consejo, que media hora antes, porque no se nos vaya, nos salimos a la plaza que está delante del palacio donde se hace el Consejo. Y unos se ponen en ruines caballos, otros en viejos cuartagos, y otros en mulas mohinas, algunas de color y las más de hambre. Si es invierno, allí nos azota el cierzo, como si fuésemos robles de la montaña. Si es estío, allí nos derrite el sol como a cuartos de ajusticiados; y para sufrir esto, cualquiera se precia de armarse de la paciencia de un Job. Juntámonos en aquella plaza, aquí tres, acullá seis, acá cuatro, allí diez, como moruecos en siesta aguardando que nos salga el sol; cada uno los ojos fijos en la puerta, como los tiene el podenco en la boca de la madriguera donde se encerró el conejo. Y en asomando el Presidente, partimos de nuestros puestos como cuadrillas mal concertadas de juegos de cañas, y llegando cerca arrojamos nuestros cañazos, dándole fierísimas bonetadas, y luego volvemos las riendas, unos a zurdas, y otros no a derechas, y llevámosle a su posada.

Esto es mucho de ver, que como nos hemos de apeaar para subirle a su aposento, cien pasos, poco más o menos, antes de llegar a la posada, nos vamos apercibiendo, echando la

mano zurda al arzón, arremangando la ropa con la derecha, sacando el pie del estribo, y comenzando a echar la pierna sobre el anca de la mula, y al arrancar de la silla uno descubre la martingala, y otro la bragueta caída; cuál las bragas rotas, cuál el pañal colgando, y aún tal hay entre nosotros, que muestra la lana sucia de los cojines.

Juntámonos allí tantos, y remanece cada día tanta gente nueva, así de espada y capa como de pantufo y saboyana, que parece nos criamos de las inmundicias y bascosidades de la casa del Presidente, como chinches, cucarachas, ratones y otras sabandijas semejantes. Al tiempo que entramos en la sala, desde la puerta de ella hasta la antecámara nos hacemos dos órdenes, pegados de lado unos con otros, que parecemos estacadas de presa de molino, para que pase el Presidente y nos vea. Y cuando somos muchos, es cosa de ver cómo nos encajamos y apretamos, y la pesadumbre que da un codo del vecino que salga delante del cuerpo del otro, pareciendo que aquél ha de ser nube para que los ojos del Presidente no le vean a él.

Entrado el Presidente, arrimámonos por aquellas paredes hasta que todos los relojes del pueblo nos echan de allí con las más voces que pueden dar. Lo que en estos acompañamientos se pretende, es servir a su señoría las provisiones y mercedes que nos han de hacer (si se sufre proveer a tanto necio), y que sus ojos de piedad nos vean, y vistos nos encomienden a su memoria para acordarse de nos poner en lo más profundo de su olvido. Y este ser visto del presidente deseámoslo tanto, que algunos (si nos fuese lícito) iríamos a le acompañar con corozas en las cabezas, porque pusiese en nos sus ojos como en personas más señaladas.

Hay pretendientes entre nosotros que desde la Puerta del consejo hasta la Cámara del Presidente tenemos ojeados y considerados los puestos y lugares donde por fuerza han de topar sus ojos, para coger cada día un puesto de aquéllos, donde podamos ser vistos, como los buenos capitanes, que reconocen y eligen los puestos y sitios convenientes para alojar sus campos y hacer los efectos que para la victoria convengan. Unos se quedan en la calle a la puerta de la casa, porque el Presidente les acuda con el primer favor y bendición de sus ojos. Y estos no se apean, sino estánse en sus caballos y mulas, como muchachos en talanqueras para ver encerrar el toro, porque su señoría vea que están ya aprestados y a caballo para ir a los oficios donde los quisiere enviar. Otros le reciben al pie de la escalera para le dar a entender cuán cerca están ya de ser ahorcados; y aún alguno hay en este lugar que finge que estropea en un escalón, y que va a dar de ojos, porque el Presidente le eche mejor de ver. Otros paran en la mesa de la escalera para le significar que no se pone mesa en sus casas. Otros le aguardan en los corredores para demostración de su corrimiento y desventura, y otros se ponen a la entrada de la sala, considerando que allí, como el Presidente llega al estrecho, no puede dejar de mirar a una parte y a otra para ver si son servidores o enemigos. Y nunca falta un par de ellos que se fingen como bestiones, cada uno a una parte de la puerta de la antecámara, para que al entrar, los ojos del Presidente los topen. Vería vmd. cuando alguno de los que están en las estacadas que he dicho, teme que el presidente ha de pasar sin verle, que (como el que en la esgrima mete el pie derecho y alarga el brazo de la espada, y abalanza el cuerpo para alcanzar un toque franco al contrario), así hurta una pierna y un brazo y medio cuerpo con toda la cabeza, y pásalo del límite de la estacada cuando el Presidente llega, y mételo en la calle por donde él viene, y hácele una muy notable y humildísima reverencia, y dale una vistosa y reverendísima bonetada porque le vea. Y aún alguno hay tan cuidadoso y considerado en esto, que el día que ve mucho acompañamiento, y le parece que no ha de poder coger alguno de los puestos dichos, se queda un poco atrás del Presidente, y ya que él

y toda la gente van delante, aprieta la mula perneando como pulpo, y alcánzale, y pasa por junto a su lado, la gorra en la mano, y los ojos enclavados en la ilustrísima persona, que parece torcecuello o que lleva alguna landre en el pescuezo, que no le deja volver la cabeza para mirar adelante, hasta ver que el presidente le ha mirado; que luego se le desenvara el cuello y se le destuerce, y va consolado su corazón. Alguno, muy contento de que el Presidente le haya visto, no lo pudiendo disimular, vuelve al compañero y dícele: “¿No vio vmd. cómo me miró el Presidente? En verdad que volvió a mí la cabeza dos veces, que me pareció que me quiso hablar”. Y vería vmd. al que piensa que el Presidente no le ha visto, tan triste, tan desconsolado aquel día, que ni toma gusto en lo que come, ni le sabe bien lo que bebe; porque tiene por cierto que las provisiones se han de henchir aquella noche, y que como el Presidente no le vio aquel día, no se ha de acordar de él.

A las tardes vamos a la casa del Presidente, contemplamos la puerta de la calle, miramos al zaguán, vemos el patio, subimos por la escalera, pasamos por los corredores, entramos en la sala, preguntamos qué hace el señor Presidente; porque todo esto nos alivia la pena de este purgatorio, como la aliviará en el infierno al rico avariento el meñique mojado de Lázaro. Andamos por allí un poco, llegamos a la puerta de la cámara del secretario al olor de las provisiones sin hablar palabra, y volvémonos a salir como cuando el perro hambriento entra en el aposento donde hay carne metida en alguna arca, que heridas sus narices del olor de ella, huele las sillas, los bancos y los cofres que hay en el aposento, con deseo de topar con la carne, y al cabo, como no la descubre, se sale fuera.

Los que son más continentes entran de mes a mes a suplicar al Presidente se acuerde de ellos, y a ver si descubren alguna tierra sobre sus pretensiones y esperanzas, como los que entran a consultar el oráculo para saber sus futuros sucesos. Otros que tienen la sangre más encendida y la moneda más atenuada, entran de quince en quince días y de veinte en veinte; y algunos hay tan rendidos a su pasión y tan apretados de su necesidad (digo de su necedad), que si el portero les permite entrar tres veces a la semana, no entran dos solas a representar a su señoría sus duelos y letras, y darle con sus buenas razones a entender la poca culpa que tiene en no proveerlos.

Veo a los recién venidos de oficios que se señalan y conocen a los que ha días que bogamos en esta galera, como cotrales de Guadiana entre las vaquillas de Asturias; ellos tan gordos y panzudos que parecen cebones de presente; y dentro de pocos días que vuelven a moler en esta tahona, las carnes se les disminuyen, las quijadas se les señalan, y el color se les muere tanto que en poco tiempo no se distinguen ni echan de ver entre los que acá estábamos, porque todos andamos más amarillos que cagajones.

Acaece muchas veces que después de haber un letrado residido cinco o seis meses en la Corte con grandes esperanzas, gastada la bolsa, rematadas las prendas, y comidos los cuatro cuartos de la mula, que no le quedaba de ella sino la cabeza y el rabo para comer un sábado, al tiempo que tenía por cierto salir proveído de un buen corregimiento, con que se pudiesen enmendar todos sus aviesos, le sale, como catarata en el ojo, un salud-é-gracia de una comisión de cuarenta días allá para la isla de los Lagartos, o para algún lugar de los que están debajo de la tórrida zona; y acierta a salir de manera que, si es invierno, os le encaminan al abrigo y templanza de Asturias, y si estío, le encomiendan a la frescura y sombra de Extremadura; y sale el negocio y el necio a tiempo que, aunque se hallase la bolsa de Juan de Voto a Dios, no le podría dar dinero para henchir los hoyos que en Corte tiene hechos. Y no hay otro remedio sino demandar misericordiosa la espera a los acreedores hasta la vuelta, que vendrá rico y cargado de oro en polvo de la India de Chile. Alguno de estos dice: “El

Presidente me quiere sustentar como a los pollos de Marta”. Otro dice: “Su Señoría me ha querido ocupar en esta comisión, porque no vea hacer en otros las buenas provisiones, como suelen engañar al niño con algún juguete porque no eche de ver que sale fuera de casa el ama que le cría. Pues repudiar este legado no conviene, porque no nos digan que si menospreciamos lo menos, nos menospreciará lo más”. Y así el pobre letrado arroja el pecho al agua, y parte a su comisión cargado de deudas y rodeado alforjas.

Otro gusto, otro alivio y otro consuelo para el triste cata-ribera, después que las provisiones han estado represadas seis o siete meses en la cámara del Presidente, ver salir una sola, y de ahí a otro mes otra sola, como dolores de parto espacioso, o trueque del que está con pasión de cólica. Y cuando ya las tinieblas de la consulta se aclaran, y la presa de las provisiones se suelta, y se mandan publicar, aquí es el clamor y el sonido de los dientes de los que salen condenados. Uno que quiere ser corregidor sin tener juicio ni mano para corregir una plana de un niño que comienza a escribir, dice que va todo por favor, y que sin éste no aprovechan letras ni partes. Otro que por aventura lo merecería bien, echa la culpa a su desgracia y contraria fortuna. Otro loa a Dios por ello, y otro lo da a todos los diablos. Y al fin algunos con paciencia, y los más sin ella, desamparan el campo y el estandarte de la presidencia, y toman el camino para donde dios los ayuda, y algunos (según ellos dicen) para donde el diablo los lleva, diciendo: “Ya que escapamos de esta miserable guerra como soldados de campo vencido, sin blanca, sin armas, sin vestido y sin consuelo alguno, no nos diera el Presidente siquiera sendas varillas que lleváramos en las manos para pedir limosna por donde pasáramos. De esta manera lo pasamos en esta Corte”. Y en fin, hablando generalmente de los miserables cata-riberas, digo que míseros somos, miserias pedimos, miserias nos dan, y miserablemente vivimos.

Ya que he dado cuenta en general de nuestro modo de vivir en la Corte, quiero descender a algunos casos de mi particular y de otros que han pasado y he visto después que vine entre los de mi pretensión.

Yo vine a esta Corte, y por no perder tiempo, en acomodándome de aposento, ordené un memorial para el Presidente y le fui a hablar; y quiso mi fortuna que entrando a hora que negociaba, entraron delante de mí, uno tras otro, dos letrados recién llegados, que iban, como yo, con sus memoriales en las manos. Parecíamos todos tres cofrades de la Merced que íbamos en procesión con nuestros cirios encendidos. Llegó el primero y comenzó a hablar, y llevaba las manos tan embarazadas con su memorial, que no pudo o no se le acordó, quitarse la gorra, y como no tenía hecha la lengua a revolver señorías, con una señoría se le fueron dos mercedes como mansos con el toro; y un paje, viéndole hablar tan cabizcubierto, llegase a él y quitóle por detrás la gorra de la cabeza, y él volvió, y advirtiéndose de su descuido, se turbó tanto que no pudo hablar más palabra; antes se quedó allí, como si de carne y hueso se hubiera convertido en piedra. El Presidente, viendo que no hablaba ni se iba, le dijo: “Dad acá el memorial, que por él veré lo que queréis”. Él soltó el memorial y volvió las espaldas tan de presto, que temí se volvía como mula maliciosa a arrojar un par de coces al Presidente; empero quiso Dios que no lo hizo, sino salióse sin hacer reverencia ni acatamiento, parece que entendiendo que no le había de aprovechar aunque lo hiciera, salvo si no lo dejó de hacer por tener tan descuidado el pie como la mano.

Llegó luego el otro letrado (que era más desenvuelto y bien criado) quitada su gorra, hizo una reverencia tan baja que creo se holgara de hallar un agujero por do meter la rodilla por bajar del suelo de la cámara, y dijo: “Yo me llamo el bachiller Pascual Redondo, soy vecino del lugar de Bociguillas, donde he servido toda mi vida a su Majestad, a tiempo abo-

gando y a tiempos barbechando mis tierras, y haciendo mis agostos y vendimias para encerrar pan y vino y paja para el bastecimiento de esta Corte. Y aun estuve una vez aceptado por teniente de corregidor de Becerril de los Campos, sino que me revolvieron con el Corregidor, y no me quiso llevar consigo. Suplico a vuestra señoría me haga tanto placer que me emplee en alguna cosa buena, que yo serviré a vuestra señoría como verá”.

El Presidente, riéndose, dijo: “Por cierto que es muy justo que quien tan bien ha servido sea remunerado conforme a sus servicios. Idos a vuestra casa, que, ofreciéndose en qué, se tendrá memoria de vuestra persona”. Él entonces quiso dar el memorial, y el Presidente dijo que se le llevase, que para acordarse de él no había menester memorial. —Ni aún memoria (dije yo entre mí) y así él hizo otra reverencia muy baja, y se salió contentísimo. Yo llegué luego y dije al Presidente mi razón. Oyóme y díome la respuesta ordinaria que haría por mí lo que pudiese; y yo me contentaría con menos. Tomó mi memorial y salíme, y alcancé al bachiller Redondo, el cual muy contento se volvió a mí y me dijo: “¿Qué le parece cómo no me turbé yo como el otro? Todo es burla sino hablar sin empacho. Mire cómo se holgó el Presidente de oírme. Tenga por cierto que me ha de dar el primer corregimiento bueno que provea; porque así se lo pedí yo que me diese cosa buena; que si estos licenciadillos que andan por aquí perdidos mil años supiesen hablar y decir bien las cosas en que han servido, yo fío no tardase tanto el Presidente en proveerlos. Mas si cuando se ven delante de él no saben decir oxe ni moxe, ¿qué les ha de dar?”. Yo le dije: “Por cierto, señor licenciado, vmd. tiene mucha razón, y sale respondido como hombre regalado y muy de la casa; pues le mandan ir a su casa a esperar la provisión para que no gaste su hacienda en esta Corte”. —“Ah, par Dios, señor (dijo el bachiller), cuánto mejor será que me lo envíen a mi casa que no aguardarlo aquí; aunque creo que no tardará mucho en salir. Pues no piense que yo era del asa, que yo le prometo que es hoy el primer día que hablo al Presidente; y pésame de no haber venido antes, que ya estuviera muy honradamente proveído; sino que cuando los hombres nos hacemos al pan casero y al torrezno de las mañanas, no nos sacarán de casa aunque nos prometan cien obradas de barbechos y mil reses vacunas”.

Con todo este consuelo se fue el bachiller Pascual Redondo a su casa a esperar su provisión, que llegará cuando el cuervo de Noé venga a se la llevar en el pico. Y con todo eso fue mejor despachado que yo, que me quedé en esta Corte a esperar la mía, que creo no llegará más temprano.

De esta manera anduve un mes aprendiendo el estilo de los señores cata-riberas en los acompañamientos, en las representaciones, en los corrillos y en las otras cosas necesarias para el entendimiento del arte peor que mecánica de los susodichos; que no fue poco en un mes tomar el pulso y conocer la complesión a cuerpo de negociación tan varia.

Y al cabo de este mes, pidiéndome el mozo dineros para la despensa, metí la mano en el talego, y hallé dentro tanta nonada, que pensando que aquella mano se me había pasmado, y perdido el tacto de ella, metí la otra, y como hallé tan poco que palpar, me vi en términos de perder el sentido por lo que no sentía. Y así, viendo que la moneda se había ido, y mi provisión no aparecía, puse los ojos en el bolsón, y vile y sentíle tan sin virtud, tan frío y boqueando como enfermo que se va de cámaras, y por no acabar de quedarme en seco, como el pez cuando cesa la corriente que le sacó de la madre del río, despaché una provisión a mi casa, firmada con mi firma y sellada con mi sello, imponiendo cierto tributo sobre las raciones y alimentos de todas las cabezas de ella, sin exceptuar mamante ni piente que no contribuyese para el socorro de la prosecución de esta guerra. Y mi provisión fue obedecida y cumplida; y así me entretuve otro mes con este socorro y mi esperanza; en el cual salió proveí-

do el corregimiento de Medina del Campo en un letrado. Y salio este oficio solo, como preso que ha estado mucho tiempo en la cárcel, y la quebranta y se suelta por redimir la vejación de la larga prisión.

Y acaeció sobre esta provisión un buen cuento entre dos cata-riberas, un soldado y un letrado; y es que, al soldado, que por aventura tenía puesta su esperanza y corazón en las décimas de Medina, y en las comodidades que le habían de hacer los mercaderes que allí tratan en los precios de lo que comprase, pesóle mucho de ver proveído el oficio en otro; y estando tratando de la provisión en la sala en corro de pretendientes, él dijo con mucha cólera: “Ahora cosa incomfortable es que letradillos lleven a los caballeros tan buenos oficios como el de Medina”. Un bachiller que estaba en el corro, volviendo por el honor de la profesión dijo al soldado: “¿Por qué halla vmd. eso más incomfortable que ninguno de estos caballeros que están aquí que no son letrados?”. —“Siéntolo más (dijo él muy demudado) porque a un caballero como yo, que he servido a su Majestad derramando mi sangre, no se habían de anteponer bachillerejos”. —“Pues no me parece a mí (dijo el bachiller con mucha flema) que vmd. ha servido mucho a su Majestad en derramar su sangre; más le sirviera en derramar la de sus enemigos; que quien va a la guerra no a herir, sino a ser herido (digo no a ser huído, sino a huir), no obliga a su Majestad para que le haga mercedes, ni a su Presidente para que le dé corregimiento”.

El soldado, con mucho enojo de las palabras de bachiller, dijo: “Quien dice que yo he huído, miente; que yo he derramado mi sangre peleando como muy buen soldado”. —“Creo yo (dijo el bachiller) que esa pelea y derramamiento le habrá vmd. hecho con el dado, porque si fuera como vmd. más miente, no tuviera necesidad de venir acá por armas para sacar y chupar a los cristianos la sangre que dice haberle derramado los moros; que allá le hubiera premiado su Majestad o sus generales”.

El soldado, que demostró ser tan corto de razones como de razón, quiso cerrar con el bachiller para suplir con las manos la falta de la lengua; mas metímonos en medio los que allí estábamos, de manera que no dimos lugar a más rompimiento.

En este tiempo hice otra vez reseña de la gente de mi bolsa, y salieron al alarde tan pocos soldados, que entendiendo que entre mis súbditos no había tiempo para más socorro, me procuré valer de mis amigos y deudos, a los cuales despaché con mis cartas de creencia, y de ellos me llegó otro socorro, que me resucitó de muerte a vida.

De estotros caballeros de espada y capa que no han servido a la milicia en particular casi no tengo que decir, porque los veo en Corte tan humildes y bien comedidos, tan justificados en sus palabras, tan despreciadores de cohechos, y tan amigos de oficiales fieles, que son aquí los mejores corregidores del mundo, y si “en el aldehuela no hay más mal que suena”, merecen <que> su Majestad les haga mucha merced. Empero porque en el muy buen paño suele haber la raja, y en la más fina grana cae la polilla, y no todos los llamados han de ser escogidos, ni hay cuerpo sin ijada, diré lo que he visto en ciertos miembros de este cuerpo de caballería.

Y es que un mes después de la provisión de Medina que he dicho, salieron proveídos dos de estos caballeros en dos corregimientos; los cuales no hubieron sacado los recudimientos de sus rentas, cuando pusieron en almoneda y pregón algunos miembros de ellas para los arrendar de por menor, empero por la mayor cantidad que pudiesen. No faltaron personas que hicieron posturas; rematáronse las tenencias, los alguacilazgos, las alcaldías de cárcel, y algunas de estas rentas tan bien subidas, que van bien seguros los arrendadores de la puja del

cuarto. Yo, entendiendo el negocio, dije a uno de estos corregidores que se me daba por amigo: “Señor, mirad lo que hacéis, que no es permitido vender los oficios; que, como sabéis, se han de dar libres para que vuestros oficiales los hagan bien y libremente”. El corregidor me dijo: “¿Qué queréis que haga, que hace un año que estoy en esta Corte esperando este corregimiento? ¿No os parecerá bien que, pues ya me vino a las uñas, me pague las expensas del detenimiento? Que juro a Dios que no hay real en galera para ir a él, ni aún para salir de esta Corte, si estos ministros no me ministran. Y aún allá yo os prometo que no tengo de tener las manos cerradas a los que de buena voluntad me lo ofrecieren”. —“No hagáis tal, señor (dije yo), que el principal bien de los jueces es tener las manos limpias”. —“Limpias y relimpias las traeré yo (dijo él), porque me las lavaré cada día tres veces, cuando me levantaré de la cama, y sobre comida, y después de cena. Y el oro no ensucia las manos”. —“No, oro no, guardaos del diablo (le volví a decir); aún ya, cuando visitéis la tierra de vuestra jurisdicción, recibir un cabrito, un par de perdices o de conejos por moderado precio, aún no es tanto mal; aunque también por esto no faltará quien diga que os corrompen para que dejéis de hacer justicia”. —“Muy delgado hiláis (dijo el Corregidor); de eso de comer y de beber, cuando viniere de limosna recibiré yo muy de buena gana; porque *quod intrat per os, non coinquinat hominem* (lo que entra por la boca no corrompe al hombre).

“Y sabéis que los corregidores podemos muy bien recibir todo lo que consiste en peso, número y medida; porque lo que se pesa, recibímoslo sin pesar; en lo que se cuenta no hay cuenta; y para lo que se mide, nos parece que nos da el Rey la vara”.

—“Guardaos de una residencia, señor (le respondí): mirad no os den vómitos en ella, con que alcancéis el humor malo y bueno, quiero decir, lo bien y lo mal ganado”. —“Andad (dijo él), que ya tengo experiencia de eso; que mil ducados de cohecho nunca costaron quinientos de pena; que si una vasija está llena de miel, aunque la trastornen y vacíen, siempre se queda algo pegado en ella; y así a los corregidores, aunque más nos sigan y persigan y condenen, con un buen cohecho que hayamos recibido pagamos todas las nonadillas que en residencia nos cargan, y aún nos queda pan para nuestro año”.

El otro corregidor no sé qué intención llevaba, aunque, pues el principio fue semejante al de este mi amigo, piadosamente se puede presumir no serán diferentes los medios de la administración. Ambos se fueron, y yo quedé tan quedado, que aún hasta ahora no me he mudado de este lugar, aunque han corrido otros dos meses. Al principio tenía alguna esperanza de salud, y ya la voy perdiendo del todo, como enfermo que va de mal a peor; porque en parto tan largo no creo que dejará de nacer hija al cabo.

Días ha que viendo que no nos puede venir socorro de parte alguna, vamos acortando las raciones: la mula rebuzna, el mozo gruñe y yo bocezo; mas ¿qué hemos de hacer?, que nos vemos como los que están sitiados por todas partes, y no les puede entrar socorro ni bastimento, sino comer por onzas para podernos entretener algún día más. Hecha tengo la cuenta; y si el sustento me llega a otro mes, será todo lo del mundo. Determinado estoy que si en todo este mes, con que se cumplirán seis de mi residencia en Corte, no me saliere alguna suerte, volverme a mi casa, porque para tan corta vida como los hombres ya vivimos, basta ser medio año necio. Y sin duda no me detendré más, porque si no fuere proveído, seré pobre ido. Y Nuestro Señor, etc., de Toledo, y de Abril 15 de 1560.